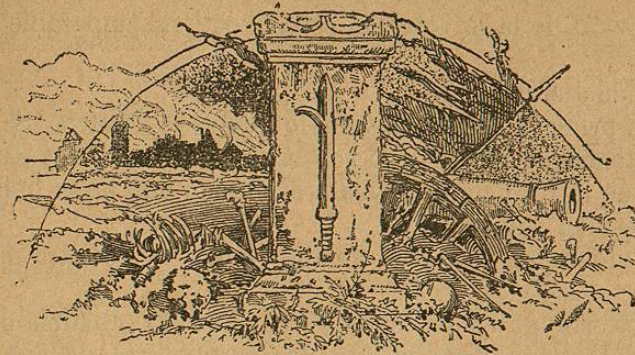


co más ó menos: ¿Quién ha hecho el 10 de Agosto? No los que se alaban, sino nosotros, la Legisladora, que hemos desarmado al rey y hemos arrojado su guardia. Y bien, la Convención, si arroja á los federados, no hace más que prepararse un 10 de Agosto contra ella misma. Habla después de Septiembre con violencia y horror, censura las afrentosas escenas de entonces y recordó amargamente que la Convención no estuvo prevenida para apoderarse de la guardia municipal.

«Es todavía (dijo) por los terrores de Septiembre por lo que el ministro de la guerra ha hecho esa demanda de alejar á los federados, de desarmar á la Convención... Dicese que los meridionales quieren federalizar á Francia. Si ellos quisieran ese gobierno, nosotros no estaríamos aquí. Si quisieran lo tendría. Pero ocurre todo lo contrario. A la partida de los diputados del Mediodía nos dijeron: «Nosotros queremos ser franceses, ser unos con nuestros hermanos del Norte y que no haya más que una Francia... Vuestras cabezas nos responderán...»

Se ha hablado de una dictadura de Cromwell; unos han dicho: *No queremos Cromwell*. ¡Sin duda, ya no se le quiere más! Pero llegará un día en que un ambicioso habrá ganado victorias y os dirá: «*Hacedme rey y seréis más dichosos!*... Si; he aquí lo que se os dirá: pero esto no será mucho. ¡Mueren los reyes, los dictadores, los protectores, los Cromwell!

De un solo golpe atacó á Dumouriez como pérfido y á Robespierre como impotente.



CAPITULO V

El proceso del rey.—Intento de la izquierda para aterrorizar á la derecha.—Saint-Just (13 Noviembre 92)

La ideal moral de la Revolución.—Unanimidad moral de la Francia revolucionaria hasta los últimos meses del 92.—Prueba única y terrible que sufrió entonces Francia.—Había motivos suficientes para tomar medidas de seguridad personal.—El proceso mal determinado por la Gironda.—Homicida discurso de Saint-Just.—Figura de Saint-Just.—Sus antecedentes, sus primeros ensayos.—Es nombrado, antes de la edad reglamentaria, miembro de la Convención.—Su discurso es una amenaza para la Convención (13 Noviembre 92).—La derecha atemorizada por la audacia de la Montaña.

Los federados de los departamentos quédanse en París; la Francia guarda la Convención. Desde entonces ésta tiene menos que temer materialmente. Falta que se sepa conservarse moralmente. Se podrá ejercer sobre ella el terror en la opinión si permanece vacilante, si no está firme en su asiento y falla su tribunal inspirándose en principios invariables que hagan olvidar las vanas agitaciones pasadas.

En el momento mismo en que comienza un proceso criminal, un juicio á muerte, la primera necesidad es que el juez, con la mano puesta sobre el corazón, siente bien sus principios, sus leyes, su fe, la idea por la cual se quiere violar lo que es inviolable: la vida humana.

Siendo una la idea del derecho, el derecho judicial y el derecho político tienen el mismo fundamento. Determinar el principio en virtud del cual ha de morir el acusado es determinar el principio en que vive la sociedad que lo juzgó. La Revolución, juzgando á Luis XVI, se juzgó asimismo implícitamente; indicaba de qué ideas morales se componían su vida y su derecho.

¿Cuál era la idea moral de Francia?... Todos los políticos eminentes de Francia sonríen, mueven la cabeza ante la palabra idea. Saben que el glorioso enemigo de los ideólogos pereció por faltarle una idea. Los que viven, viven por un ideal; los otros, son los muertos.

Su idea vital de la Revolución estalló con incomparable luz del 89 al 92:

La idea de Justicia.

Y por la primera vez se ha visto lo que es la justicia. Se había hecho hasta entonces de esta virtud soberana una seca, una estrecha virtud. Antes que la Francia la revelara al mundo aun no se había supuesto su grandiosidad inmensa.

Justicia generosa, humana, amante hasta la ternura por la pobre humanidad.

Toda la tierra antes de Septiembre adoró la Justicia de Francia. Se la admiraba viendo como en uno de los pliegues de sus vestiduras llevaba lo mejor de la herencia de la Edad Media. Su justicia dulce y magnánima parecía inspirada por la Gracia. Era la Gracia misma pero sin sus arbitrariedades ni sus caprichos. Su gracia es según el que no varía nunca: según Dios.

Por la primera vez en este mundo la ley y la religión se abrazaron penetrándose y confundiéndose.

La Asamblea Constituyente, usando de su derecho, del derecho de los héroes salvadores, bienhechores del género humano, levántele un altar, el primero verdaderamente que se le ha elevado á la humanidad. Ordenó que este altar existiera en todas las municipalidades, que se hicieran las prácticas civiles, que se santificaran los tres grandes accidentes del hombre: vida, matrimonio y muerte. El primer creyente que llevó su hijo á este altar fué Camilo Desmoulins y sin embargo, el altar no existía aún.

Si existe en las leyes. No pueden leerse estas leyes humanas y generosas llenas de amor hacia el hombre sin sentir ternura. Se manejan con respeto las actas de las grandes discusiones que las prepararon. Si en algo se las puede reprochar es de excesivamente confiadas; creen demasiado en la bondad de la naturaleza humana, y siendo leyes para juzgar y reprimir, hácenlo por procedimientos muy clementes y suaves. Suprimieron el derecho de gracia y en su legislación encontrábase en cada línea.

El alma del siglo XVIII, su mejor inspiración, la más humana y la más tierna, la de Voltaire, de Montesquieu, de Rousseau y algunas veces también la utópica de Bernardino Saint-Pierre, se exprimieron aquí.

Disintiendo sobre tantas cosas los jefes de la Revolución están perfectamente de acuerdo sobre dos puntos: 1.º Nada hay útil más que lo justo; 2.º lo más sagrado es la vida humana.

Leed Adrien Duport, leed Brissot y Condorcet, leed Robespierre (en la Constituyente); el acorde es perfecto.

«Hagamos al hombre respetable ante el hombre.» Esta gran frase de Duport es el pensamiento de Robespierre en su discurso contra la pena de muerte. Quiere, al menos, que para condenar haya perfecta unanimidad entre los jueces.

Brissot, antes del 89, había publicado un libro sobre las *Instituciones criminales*, inspirado en el espíritu de Beccaria, en la dulzura de los *cuáqueros* americanos, que acababa de visitar.

Condorcet va más lejos en sus últimos escritos. Espíritu profundamente humano, sus propias desgracias no sirven más que para ahondar en él el amor á la humanidad, la piedad, el amor universal de la vida; confían en que gracias al progreso de las ciencias el hombre llegará en el porvenir hasta suprimir la muerte.

El hombre bien; pero ¿y los animales? Morirán siempre. Su muerte es necesaria para la vida general. Condorcet se entristece con las últimas palabras que escribe. Su muerte quedará como una luz fatal del mundo; no puede consolarse.

¡Ah dulce genio de la Francia y de la Revolución... No puedo romper la pluma y terminar aquí este libro!

La humanidad en la Justicia no es una idea que flota, si no fundamentada; *la Justicia es la reina absoluta*; he aquí el *Credo*, la fe de esta nueva era, su símbolo tres veces santo, más aún que el de Nicea.

«El derecho, ha dicho Mirabeau, es el soberano del mundo.»

Robespierre: «Nada es justo más que lo que es honesto; nada es útil más que lo que es justo.» (16 Mayo 91).

Y Condorcet (25 Octubre 91): «Es un error creer que la salud pública pueda exigir una injusticia.»

Durante el año 92 continúa el mismo lenguaje.

Todos caen entonces en la tentación.

Levántase el peligro por todas partes, como necesidad terrible; la amenaza de Europa, las traiciones de los de dentro. Ya se habla menos de justicia. Todos se dicen en voz baja: «¿Qué se sabe? Vamos á perecer sin duda, si somos justos ahora. Salvemos la Francia hoy; ya seremos justos mañana.»

La Gironda hace los primeros intentos y perece la primera.

La duplicidad de la corte le enseña su verdadera situación. Juzga á su rey, que la juzga á ella: tratando con él se quebranta.

El honor está comprometido aquí. Aun existe humanidad, respeto á la vida. Viendo la segunda tentativa, la invasión de Septiembre, ¿qué dirán los filántropos? Sobreviene después el proceso del rey, la ocasión de aplicar la justicia ó desacreditarla. ¿Ha de perecer él para ser justos?

¿Perecer? Pensemos serenamente en que no se trata de juzgar hechos que no han producido más que un daño sencillamente individual, no solo daño á la patria. Si temió el rey á la Francia revolucionaria, no fué por la Francia misma. Apóstol y depositario de los derechos comunes del género humano conducidos á través de los mares, entre las más terribles tempestades, ¿podía Francia tener la suficiente sangre fría para abandonarlos sobre las crestas de las olas? ¿Esta luz tan esperada había de extinguirse con la Francia en su común naufragio? Esta tenía derecho á vivir, viendo que su muerte era la muerte de la humanidad.

Todo esto, sin embargo, tiene aún algo de hipotético. Lo que resulta evidente, incontrovertible, es que Francia quiso salvar la primera y la última palabra de la nueva ley que le dió al mundo: *Justicia*.

Esta nueva ley se condensaba en muy pocas palabras: *La humanidad exige derecho y justicia absolutos*. Justicia ciega al interés, sorda á la política. Justicia ignorante, divinamente ignorante de las razones del hombre de Estado.

¡Ah!, jamás pueblo alguno sufrió tan terrible prueba como la Francia ni fué sometido á tan espantosa tentación. Joven todavía, sin experiencias de la nueva ley, al principio de una nueva vida, sin tiempo aun para afirmar su corazón y su conciencia en el derecho, aparece una mañana frente á esta prueba. ¿Qué hubierais hecho todos vosotros, los que calculais fríamente estas cosas? Ni uno solo de vosotros hubiera dejado de gritar con humana y heroica fe: «¡Perezca la Francia! ¡Perezca el género humano, cuando se iba á recoger la cosecha de la Justicia!... ¡Viva la Justicia, pura, abstracta, como sea. Ella marchará inviolable, inmaculada. ¡Ella sabrá formar un mundo para reinar!

¡Fe terrible, más grande quizá de lo que se puede esperar de la naturaleza! ¡Despreciar toda cosa calculada! ¡Ver si la Revolución desligada de la política, podía vivir! Nuestros padres no profesaron esta fe. Pero ¿quién la hubiera tenido? Creyeron ellos que salvaban la Francia y diéronla á su salud, la fortaleza de su alma, el temple de los sentimientos de su corazón, su honor, más aun, sus principios. No vieron entonces ni nadie podía vislumbrar lo que hoy se ve y hemos dicho más arriba; que la Revolución, sumergida, se construyó una base sólida y profunda. Estaba fundada dos veces en la tierra, en la fe del pueblo.

Este, sorprendido por la tempestad en uno de los fuertes del dique de Cherburgo, vió como sobre su cabeza, hendiendo el espacio, pasa la asustadora nube, pero no advirtió que bajo sus pies tenía una base que se ríe del mar: la inmóvil y sólida montaña de granito de la Revolución. Millares de propiedades vendidas y divididas hasta lo infinito. Millones de espadas arrojadas, rotas. ¡He aquí lo que llamo la base, el granito de la montaña! Una montaña viviente. Si hace un movimiento tiembla el mundo.

No hay necesidad que la Francia sea bárbara ó débil ante el temor á los sacrificios humanos. Había de ser justa. ¿Clemente? No; el momento era crítico, de infinitas revueltas y gravísimos peligros. Hacía falta una justicia acerada y fuerte, una justicia, en fin.

Robespierre dijo en uno de sus discursos de Enero, que su corazón había titubeado. Lo creo, verdaderamente. Palabra escapada de su corazón, de la naturaleza, de un alma torturada por ella misma. Si, dudó, cuando por la muerte de un hombre culpable, comprendió que se abría á la muerte un anchuroso camino en el que ya no se detendría. En los primeros meses del 92 Robespierre y todo el mundo habla aun de humanidad. La tinta de sus discursos ardientes, sinceros, aun no se

había secado sobre el papel en que proclamaban la fuerza inviolable de la vida humana. Repetíanlo los montes, y el eco aun no se había extinguido. ¡Cuanto más nobles eran estas palabras, era mayor el sufrimiento de quienes habiéndolas pronunciado iban á pasar tan rápida y bruscamente de la civilización, de la humanidad á la barbarie!

La Francia fué cogida ardiente de bondad, de bienestar universal, elevada por una mano de hierro y arrojada á la fría región de los muertos.

La discusión comenzó el 13 de Noviembre. Petion pidió previamente que se discutiera si el rey era inviolable.

Pregunta inoportuna, que causó á la derecha de la Gironda grandísimo daño, haciéndose sospechosa desde este momento en el proceso del rey, como si quisiera hacerlo abortar. La inviolabilidad era una cuestión conocidísima ya, olvidada. ¿Cómo podía ignorar Petion los ejemplos de tantos siglos y de tantos hechos precedentes? Sabíase también generalmente que existía una Constitución, la del 91, compuesta de leyes antiguas, cargadas de años y achaques enterradas en las catacumbas de la historia entre Licurgo y Minos. Aun de la inviolabilidad no se acordaba nadie.

Para que resultara más manifiesto el error cometido por Petion no le faltaba más si no que lo hubieran apoyado los realistas. ¿Había en la Convención? Uno de la Vendee se presentó audaz y trémulo y dijo que él no defendía á Luis XVI, pero que á pesar de todas sus equivocaciones el rey era inviolable.

Principios torpes y funestos que no sirvieron para otra cosa que para anular y comprometer una buena parte de la Asamblea, la mitad. Estalló la indignación en las tribunas del pueblo de un modo formidable y la sangre del 10 de Agosto comenzó á hervir. Los exaltados produjeron gran alboroto. No había en la Montaña ni sesenta que quisieran la muerte del rey; pero desde el momento en que los insensatos campeones de la inviolabilidad quisieron cubrirla con el manto de la ley, los sesenta se convirtieron en ministros de la indignación pública y vieron seguidos por una muchedumbre. La moderación y la clemencia eran ya imposibles.

¿Quién llevaba la cuchilla? Los jefes de la Montaña se abstuvieron, quedáronse en sus bancos. La cuchilla de la Montaña fué empuñada por Saint-Just.

Necesitábase un hombre nuevo, sin que le adornara su vida ningún precedente filantrópico, que no hubiera pronunciado jamás una palabra de dulzura ni de piedad, que hubiera hecho caso omiso de las nobles discusiones de la Asamblea en las que se juró el respeto á la vida y sangre humanas.

Saint-Just subió lentamente á la tribuna y pronunció sin apasionarse un discurso atroz. Dijo que no convenía extenderse mucho en el proceso del rey; que lo que había que hacer era matarlo.